

> Un grave error, entrar en la zona de los bombardeos

Están dispuestos los militares golpistas de Bolivia a transformar Catavi y Siglo XX en una "nueva Guernica"

el coronel el papel de "bueno", diciéndonos que Huanuni era el único lugar del país que todavía resistía y ofrecía problemas, porque allí habían llegado algunos elementos subversivos para movilizar a la población minera y organizar su resistencia al régimen militar.

— Mire usted — me dijo paternalmente —, ése es el único foco rebelde, conflictivo. En el resto, los mineros ya están trabajando en todas las minas, hasta en Catavi, Siglo XX, San José y Potosí. En todas hemos negociado y firmado acuerdos.

Me contuve de replicarle, porque todavía no hacía cuatro horas de mi conversación con emisarios de los centros mineros, congregados en Huanuni, y sabía que la verdad era totalmente opuesta a las cínicas palabras oficiales. Aquella misma mañana del viernes habían muerto otras dos personas en Siglo XX, como resultado del ataque del ejército, que parecía querer transformar ese distrito minero y de Catavi en "la Guernica boliviana", ya que las estaba bombardeando y ametrallando desde aviones y helicópteros.

Los aviones, al parecer, eran Xavantes brasileños, de los que yo había visto varios preparados a despegar en el aeropuerto de Santa Cruz de la Sierra. ¿Significa eso que los militares brasileños estaban apoyando el golpe del general García Meza? No se ha podido comprobar nada al respecto, como se ignora también cuál es la identidad de los pilotos de los Xavantes, y hasta cuál fue la misteriosa misión que, en víspera del golpe, llevó a un hércules de la fuerza aérea boliviana hasta el aeropuerto internacional de Viracopos, en las cercanías de Sao Paulo.

Parece que los militares brasileños sí sabían del golpe, a través de sus colegas argentinos, que sin lugar a dudas están tras el mismo y le han dado apoyo logístico, económico y hasta directo, con la presencia de varios expertos en terrorismo y represión de la ESMA (Escuela Mecánica de la Armada) ¿Cuál sería si no el motivo de que Argentina tenga un par de decenas de funcionarios diplomáticos en su agregaduría naval en La Paz, capital de un país que no tiene mar ni marina de guerra? Los hombres de la ESMA han coordinado todas sus tareas con el G-2 boliviano, que antes dirigía el hoy ministro

del Interior, coronel Luis Arze, y ahora está bajo la responsabilidad de su inmediato colaborador de confianza, el coronel Mena.

Y fue hasta Mena que nos remitió el coronel Roca, luego de decomisarnos equipos y cintas y de enviarnos escoltados hasta La Paz, tras fracasar en su intento de que viajáramos solos y de noche, lo que hubiera facilitado a los paramilitares la solución del, para ellos, espinoso caso. Los protagonistas del "golpe del silencio" querían impedir a toda costa que nosotros habláramos sobre lo que habíamos visto y escuchado en la zona minera, incluso sus chantajes y atentados contra Daniel Ordóñez, secretario general del sindicato de la mina San José, y su familia, para presionarlo a firmar un documento que comprometiera a los mineros de ese distrito a regresar al trabajo. O su cerco con tanques y blindados a los altos hornos, obligando a sus trabajadores metalúrgicos a trabajar a punta de fusil.

Nuestra presencia era incómoda para los militares, cuyos partes oficiales hablaban de una situación que no era real. El coronel Roca quiso traspasar la responsabilidad a La Paz, cuando vio fracasar sus intentos de que los paramilitares acabaran con nosotros. Y eso a pesar de que durante la tensa charla que sostuvimos había dicho desafiante:

— Mire usted, de nada les sirven este memorándum del subsecretario del Interior ("para mí que el subsecretario Salamanca nos está jugando sucio", dijo aparte al capitán Loaisa) y las promesas que me dice le hicieron en el Estado Mayor Central en Miraflores. El Estado Mayor está allá, en La Paz. Aquí, en la zona de Oruro y Cochabamba, mandamos nosotros y se hace lo que yo diga.

Esas palabras de desprecio por sus superiores estaban grabándose en ese momento en la pequeña Sony que había en mi cartera, y en la que había hecho retroceder la cinta para borrar algunas declaraciones comprometedoras de los mineros grabando encima lo que hablábamos con el coronel y sus acólitos. Entre éstos, estaban los paramilitares que intentaron llevarnos por su cuenta y otros tipos más, que eran los mismos que habían asaltado el domingo 20 el poblado de Huanuni, mezclados con los rangers y los soldados del Topater.

▷ Dramático relato de un testigo

Ejecutadas 14 personas por un oficial boliviano

► Una carnicería dividida en 2 capítulos

LIMA, 1.º de agosto. (Jaime Avilés/enviado). — Catorce personas fueron ejecutadas por un oficial de las fuerzas armadas bolivianas la noche del domingo 20 de este mes en un lugar deshabitado cerca de La Paz. Un sobreviviente narró a este diario cómo sucedieron los hechos cuando un transporte de tropas — llamado popularmente "caimán" — que conducía a sesenta presos políticos presumiblemente hacia la muerte fue emboscado en un camino. Durante la acción un soldado también perdió la vida y eso fue lo que desató, o anticipó, o dividió en dos capítulos, la carnicería.

El siguiente testimonio refleja, asimismo, en qué condiciones se encuentran centenares de civiles que han sido capturados masivamente por los generales bolivianos y su aparato paramilitar de terror, bajo la asesoría inocultable del gobierno argentino. El nombre del testigo, al menos por ahora, debe permanecer en secreto.

"El sábado (dos días después del golpe) andaba allí en el alto y de repente se bajaron los milicos y empezaron a subir a los que estábamos allí, pues. Nos subieron así pues, a golpes, y yo le dije a un milico está bien hermanito, vamos nomás, pues, y ya pues, me subí y ya nos llevaron.

"Nos llevaron al Estadio Olímpico", dice. "Pero no nos pusieron arriba. Nos bajaron abajo, a los salones de los deportistas y nos separaron. A otro que iba conmigo en el 'caimán' y a mí nos pusieron en un salón de puros hombres"

— ¿Ahí les hicieron algo?

— No nos hicieron nada, pues, sólo me dio tres golpes así en la cara.

— ¿Cuánto tiempo lo tuvieron ahí?

— Dos días, pues. Dos días y dos noches nomás, pues.

— ¿Y en ese tiempo le dieron de comer?

— No nos daban, pues. Sólo nos dieron un platito con un poquito de arroz, pero muy poquito, pero no se podía pedir pues. No se podía hablar, el sargento venía y que no, pues, que si habla se moría uno, pues, no se podía.

— ¿Y qué pasó en esos dos días?

— Nada, pues. Nomás el sargento andaba echando grito que si sí que si no, así todo el tiempo. Nos trataba de indios-cholos-campesinos-comunistas—extremistas, que ora sí íbamos a ver por ser que malos bolivianos, que enemigos de Bolivia decía, pues.

— ¿Pero no les decía que los iban a matar?

— No nos decía, pues.